



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

DETRÁS DEL ARMARIO, EL HACHA

TORBORG NEDREAAS

TRADUCCIÓN DE BENTE TEIGEN GUNDERSEN
Y MÓNICA SAINZ SERRANO



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2026
TÍTULO ORIGINAL: *Bak skapet står øksen*



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

© Torborg Nedreaas
Originally published by Aschehoug Forlag, 1945
Published in agreement with Oslo Literary Agency
and Casanovas & Lynch Literary Agency
© de la traducción, Bente Teigen Gundersen
y Mónica Sainz Serrano, 2026
© Errata naturae editores, 2026
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-24-5
DEPÓSITO LEGAL: M-26290-2025
CÓDIGO IBIC: FA
IMAGEN DE PORTADA: © Lucy Soloveva
MAQUETACIÓN: N. Moreno
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

OLOR A PÓLVORA

El repiqueteo del despertador rompe el silencio. Ella, aturdida, lo mete bajo la manta, donde continúa gruñendo hasta que consigue apagarlo. Con el susto, no puede parar de temblar y le duele todo el cuerpo.

Son las cuatro. A las cinco tiene que estar en la cola. Alza el brazo para encender la lámpara de mesilla, pero lo deja caer. Cierra los ojos. No te duermas, sólo relájate un minuto más, o dos. El sueño vuelve a apoderarse de ella, demanda lo suyo. Un ataque de tos la despierta, una tos amarga y hormigueante que ha cogido en la cola, tan temprano de pie y congelada. Siempre le sobreviene a primera hora. Y entonces se espabila. Se acurruca debajo de la manta un momento y tensa los músculos para acumular todo el calor posible y así soportar el frío de la habitación.

Se viste deprisa, descuida el lavado para cubrirse cuanto antes. Se pone una chaqueta de punto y un abrigo y apaga la luz para ventilar antes de salir. Al descorrer las

cortinas opacas¹, la negrura se cierne sobre el cristal, aun cuando en los tejados se adivina ya un atisbo de albor; las chimeneas despuntan angustiosamente contra la tenue franja del amanecer. Abajo, las calles yacen sepultadas en la oscuridad. Cuando abre la ventana, un penetrante hedor a polvo la envuelve. Septiembre suele desprender ese extraño y gélido olor a quemado por las mañanas. Olisquea, carraspea, e intenta llenar los pulmones de nuevo. Ahora que se ha acostumbrado a la penumbra, alcanza a distinguir el edificio de ladrillos amarillos de enfrente, donde hace unos días una señora se arrojó desde el tercer piso. Un ama de casa cualquiera. Se ciñe el abrigo al cuello y apoya la cabeza pesadamente en el marco de la ventana. Su mano toquetea inquieta el cuello del abrigo, tiene la frente húmeda y un regusto glacial y desagradable en la boca, bastante seca. Cierra los ojos con una expresión de dolor. Es como si le costase respirar, aunque poco a poco se recompone. A lo lejos, fuera de la ciudad, se escucha un disparo, varios disparos. Un ruido sordo, amortiguado, más como un gemido al otro lado de la pared. Asustada, abre los ojos y se oculta tras la cortina. Aguza el oído. Los disparos han cesado, pero cree percibir el aroma de la pólvora. Su corazón palpita con tanta fuerza que sus pupilas titilan con cada latido. Vuelve a cerrar la ventana con manos temblorosas, el olor persiste en sus fosas nasales.

¹ Para dificultar la orientación a los bombarderos, se había decretado el oscurecimiento obligatorio en las horas nocturnas: cese o atenuación del alumbrado público y otras fuentes de luz, cortinas opacas en las ventanas de las viviendas... Durante toda la Segunda Guerra Mundial, las ciudades europeas estuvieron muy a oscuras por las noches. (N. de las Ed.).

En la entrada, se queda parada sin ponerse el sombrero. En el perchero faltan un impermeable amarillo y un sombrero gris. Esta noche también, esta noche otra vez. Una mueca imperceptible se dibuja en sus labios. El rostro del espejo es viejo, un rostro sin alegría, de mirada marchita. Algún día, cuando Torulf regrese a casa, encontrará a su madre avejentada, convertida en una anciana amargada. Si es que Torulf regresa a casa. Si. Si. Comprende el horror de ese «si». Esperar, esperar. Luchar contra la incertidumbre, agotarse en la ignorancia. Quizá esté muerto. Ese pensamiento ya apenas le afecta, de tantas veces como le ha venido a la cabeza. Busca la angustia que debería inspirarle, revuelve en su interior para sentir la herida de su alma. Sin embargo, el pensamiento se retuerce como un vacío árido en algún lugar dentro de ella sin prenderse, una nada desgastada. Un amargo vacío peor que la ansiedad.

Lentamente, se coloca el sombrero. Chal y manoplas, coge ambos, y de repente lo oye. ¡Por fin!

Son los pasos de Trygve. Sus pasos, tranquilos y despreocupados, acercándose. Al oírlos, se quita las manoplas, las tira y las vuelve a coger. Acaba de pasar el tercer piso. Se quita el sombrero y lo deja en la consola del recibidor; respira sibilante por la nariz, sus labios se tensan y un ligero rubor se extiende por sus mejillas, dándoles vida con su indignación. Él mete la llave en la cerradura...

Desvía la mirada de inmediato.

¡Vaya! ¿Ya estás levantada, madre?, dice, con amabilidad forzada.

Ella no responde. Se limita a mirarle fijamente, sombría y dolida. Él cuelga el sombrero y se quita el impermeable. Ella inspira con cautela, buscando el olor a alcohol, pero lo único que consigue es recordar que está resfriada. Y ese olor extraño, como a pólvora; de alguna manera se ha instalado en ella, en su cabeza, en su boca, y le provoca escalofríos nerviosos.

¿Ahora qué?, pregunta con dureza.

Él se encoge de hombros, se me hizo tarde otra vez, repone con un incómodo intento de esbozar una sonrisa.

Ella resopla con una leve risita sardónica. Está molesta. Él se dirige ya a su pequeña habitación, detrás de la cocina.

¡Trygve!, lo llama en voz baja, una orden definitiva. Él se acerca vacilante al salón y se queda allí de pie, en el vano de la puerta, ¿querías algo?, pregunta ahogando un bostezo. Ante la mirada de su madre, cierra la puerta y se sienta, de mala gana; su rostro muestra una indiferencia desafiante que lo afea. Ella avanza unos pasos con las manos entrelazadas, el silencio se colma de palabras no pronunciadas que la ahogan. Un vacío despiadado se extiende entre ellos.

¿No puede esperar? Diablos, estoy agotado, arguye el hijo.

Y entonces, por fin, brotan las palabras. La amargura, los meses de resentimiento acumulado. Ella siente que, de alguna manera, debería guardar silencio, debería callarse, las frases que está a punto de pronunciar lo alejarán de ella, lo empeorarán todo. Aun así, no puede parar, su voz

alcanza una intensidad que no es capaz de controlar, interrumpida de vez en cuando por pequeños y frenéticos ataques de tos, que la sacan de quicio.

Con que agotado... ¿¡Agotado!? Sí, por supuesto que estás muy cansado, ja, ja. ¿¡Entonces yo...!? ¿No se te ha ocurrido que a lo mejor la que está cansada soy yo? Sólo trabajo dieciséis horas al día. Dieciséis horas. Quedarme de pie haciendo cola hasta que el cuerpo me abrasa no es para nada cansado, ¿verdad? Y encima me encargo de todo. Tengo que remendar la ropa que está como para tirarla al mar, lavarla e ir a por provisiones y asegurarme de que nos queda combustible y... Se encoge con un ataque de tos.

Mientras, tú te pasas el día durmiendo para estar bien descansado para tu parranda nocturna. No irías a recoger el pan que comes ni aunque te lo pidiese de rodillas. ¡Y, por supuesto, no te voy a suplicar! Porque no creas que eso es lo peor para mí, que seas un holgazán, que me hayas decepcionado, que me esté matando a trabajar...

Trygve se inclina hacia delante, con las mandíbulas apretadas y un rictus torcido y extraño. Calla. Se lía un cigarrillo con dedos temblorosos. Su madre ha detenido su deambular junto a la ventana y descorre un poco las cortinas opacas. Bajo el pelo cano, demasiado corto, se le ve la nuca delgada. Ella rompe el silencio opresivo con un susurro.

Estamos en guerra, Trygve.

Lo sé de sobra, joder, y apaga la luz antes de tocar las cortinas. Con un gesto rápido e irritado, la apaga él. Cuando la madre empieza a toser de nuevo, él se frota la frente y vuelve a sentarse. Ahora otra vez, ahora otra vez...

Vaya. Así que lo sabes. Pensé que quizá lo habías olvidado. Como tienes tantas cosas en las que pensar...

Durante un momento se hace el silencio. Él da una buena calada a su cigarrillo.

¿Has terminado?

¡No! No he terminado, hijo mío. Ya te imaginarás que no voy a terminar tan fácilmente. Me gustaría saber dónde te metes por las noches, aunque la verdad es que da lo mismo. Lo que me atormenta, lo que hace que me muera de vergüenza, es este... esto... ah... Que vayas con ellos. Con los parásitos. Con los que bailan. Los que bailan, beben, coquetean y se divierten. En una época en la que... Jadea en busca de aliento, siente el sabor rancio en el paladar, el olor a pólvora. Invade su mente y sus sentidos como una niebla, como un sueño del que no puedes ni recordar nada ni deshacerte del todo.

Poco importa que no puedas permitirte, continúa ella al cabo de un momento. Me da absolutamente igual que estés desperdiciando tu vida y que seas un donnadie a quien le interesa menos que nada cambiar, ¡pero me atormenta tener un hijo adulto deambulando de aquí para allá como si no estuviéramos en guerra! Tú...

Ay, basta ya. Claro que sé que estamos en guerra. Pero ¿qué demonios quieres que haga? Yo no puedo detenerla.

¡Detener la guerra! ¡Detenerla! Sube el tono, unas manchas rojizas y llameantes se le extienden por el cuello. No, tú... Vosotros, vosotros no podéis detener la guerra. ¡Si os pasáis la vida bailando! Ay, Dios, no, vosotros no podéis detener la guerra, no. Si sólo pensáis en el placer...

¿Qué demonios sabrás tú de eso? ¡Cállate de una vez! Él se ha puesto en pie y, con los ojos inyectados en sangre y exhaustos, respira entre dientes. ¡De todos modos, tampoco tú vas a detener la guerra amargándome la vida! ¡Déjame en paz!

¡No, no te vayas, no te vayas! No... Es como un grito de auxilio. Por favor, cuéntame, suplica, cuéntame... ¿dónde te metes? ¿Qué clase de chicas...?

¡No es asunto tuyo!, bufa él.

¡Ay, Dios! Ay, Dios. Se echa a llorar.

Perdona, madre. Como verás, estoy demasiado cansado para un interrogatorio. Los dos lo estamos. Se seca el sudor de la frente; con unas pestañas tan rubias, las venillas que surcan su piel debajo de sus ojos parecen blancas. ¿Podrías ocuparte de tus cosas? Intenta entenderme, no me atosigues.

Atosigarte...

¡Sí, atosígame! ¡Me atosigas hasta cuando callas! Hablas de la guerra... Sí, es horrible. Estamos en guerra. Y es mucho más jodido para mí de lo que tú te crees. Así que déjame en paz de una vez, ¿entiendes? ¿Lo entiendes!? No intentes atarme, no intentes tiranizarme para que me quede en casa, deja que sea yo mismo, y no te metas en mis asuntos. Trygve se vuelve hacia la pared y le da la espalda a su madre, suspira profundamente y alza la cabeza, temblando. No lo entiendes, insiste. Sólo es un poco... un poco de diversión. Una manera de evadirme... Algo... Al fin y al cabo, soy joven. Y... Sólo se es joven una vez en la vida.